

Inés y Lucía

Hace algo de ruido al sentarse. “Perfecto” se dice a sí misma, “justo yo que quería pasar desapercibida”. Su voz interior adopta un tono irónico. Está en la primera clase de un curso de literatura comparada. Lo imparte una escritora que le gusta mucho, Marta Jiménez Serrano.

Inés, treinta y siete años - pelo castaño - lunar en la frente y mirada cansada, se apuntó hace ya más de seis meses, cuando pensó que ya era hora de empezar en una de esas cosas que siempre había querido hacer y al final nunca había hecho ¡A ella lo que realmente le habría encantado era haber sido escritora! O al menos le habría encantado intentarlo... Darse la oportunidad de fracasar, porque, paradójicamente, al no haberlo hecho, se sentía un fracaso.

Y es que su vida había ido por un camino muy distinto. En el pasado pareció lógico que, habiendo en su familia mucha carga de enfermedades y muertes, estudiase una carrera sanitaria. Así que hizo enfermería y ahora trabaja en el **Hospital Universitario de Fuenlabrada**. Le duele admitirlo, pero le costó sacar la carrera adelante, además de pasarlo muy mal porque no le interesaba...

Sentada en la silla del taller de literatura, Inés hace un esfuerzo por abandonar esos pensamientos, que no le hacen ningún bien, y adopta una postura cómoda. Por último, agarra con fuerza el **libro** que ha constituido la primera lectura del curso: *Apegos feroces*, de Vivian Gornick, que narra las dificultades a las que se enfrenta una relación maternofilial.

Tras una hora y media de charla, con una energía nueva —la propia de haber estado haciendo algo que a uno le aporta placer— vuelve a casa con su hija. Lucía tiene tres años y es fruto de mucha terapia. Inés descubrió que para ella era fundamental ser madre yendo al psicólogo.

Por otros motivos, hace ya seis años que comenzó a ir a hablar con un desconocido de la calle Embajadores. 60€ la sesión. En terapia descubrió muchas cosas sobre sí misma. La primera, que por mucho que le doliera (porque adoraba a su madre), tenía que coger distancia de su propia historia familiar si quería preservar su **salud** mental. La segunda, que tenía que crear su propia historia. Y su propia historia está junto a Lucía y a Paco: junto a mirada traviesa,

pelo tirabuzón y lengua afilada y junto a parlanchín incansable, pies en la tierra y mirada atenta.

Ya en casa le da la cena a Lucía y, mientras lo hace, riñe cariñosamente a Lucía por jugar con la comida para hacer reír a la niña. —Parece que tienes dos años, Lucía, y tienes cuarenta y dos — le sermonea. Pero Lucía se ríe tantísimo que al final es ella la que se une al juego: acaba teniendo un bigote de zanahoria, una nariz de hummus y la boca llena de guisantes. No está bien jugar con la comida, pero ¿qué hay de malo en hacerle reír un poco más?

Eso es lo único que Inés quiere en el mundo, que Lucía sea feliz. Y para eso sabe lo importante que es no proyectar. Ni sus propios miedos, ni sus frustraciones, ni sus sueños tampoco; nada de eso puede condicionarla en sus decisiones. De mayor, Lucía será lo que tenga que ser, aquello para lo que ha venido a este mundo. Inés se limitará a observarla e intentará guiarla confiando en quién es su hija.

Así que, todos los martes, sigue yendo a la salita de ese desconocido que ya no lo es tanto porque entiende la importancia de esta afirmación: Lucía es Lucía e Inés es Inés, y quiere seguir trabajando en ella.

Cuando escribo estos párrafos, Inés está a punto de jubilarse. Decidió no presentarse al concurso de relato breve porque quiere pasar desapercibida. Como yo también cumplo con los requisitos para la inscripción, con su permiso, cuento su historia por ella.

Lucía tiene ahora treinta años y trabaja, hasta la fecha, en una editorial. Digo hasta la fecha porque probablemente la despidan: mañana se publica en la competencia su primer libro: *La paz de enero* y no cree que en su puesto actual les haga mucha gracia.

Pero Lucía es valiente y sabe que, aunque pierda su trabajo, tiene que intentarlo. Nadie le presionó para publicar, pero heredó de su madre el placer de la lectura y el gusto por la escritura. Tenía una historia en el pecho y con ayuda de un psicólogo (lleva yendo desde pequeña, Inés siempre le dio mucha importancia a la salud mental), se decidió a intentarlo. Puede que no le salga bien, pero también puede que sí. No tiene miedo.